

□ Tiempo de lectura: 9 min.

Entre las páginas más dolorosas y luminosas de la historia de la Iglesia durante la Segunda Guerra Mundial, emerge la historia de nueve sacerdotes salesianos polacos, liderados por el padre Jan Świerc, que pagaron con su vida su fidelidad al Evangelio. Arrestados por la Gestapo entre 1941 y 1942, estos pastores y educadores fueron deportados a los campos de exterminio de Auschwitz y Dachau, donde encontraron la muerte entre atroces sufrimientos. Su único «crimen» fue ser sacerdotes católicos que, negándose a abandonar el rebaño confiado a su cuidado, continuaron formando a los jóvenes en la fe y en la cultura polaca, representando un obstáculo insuperable para el adoctrinamiento nazi. Su historia no es solo el recuerdo de una atroz persecución, sino un testimonio vivo de cómo la fe puede triunfar sobre el mal a través del perdón y el supremo sacrificio de uno mismo.

Una fe bajo asedio

La invasión de Polonia por parte de la Alemania nazi, iniciada el 1 de septiembre de 1939, marcó el comienzo de uno de los capítulos más oscuros de la historia europea. En este contexto de brutal ocupación, es de fundamental importancia estratégica comprender la vehemente persecución desatada contra la Iglesia Católica, que se convirtió en un objetivo principal para la ideología del Tercer Reich. La Iglesia, con su influencia moral, su rica cultura y su fidelidad a una autoridad espiritual que trascendía al Estado, representaba un obstáculo intolerable para el proyecto totalitario nazi. Su destrucción sistemática fue, por lo tanto, un objetivo no secundario, sino central, en la estrategia de sometimiento del pueblo polaco.

En este trágico escenario, la historia de los nueve Siervos de Dios salesianos, cuyo líder es el de mayor edad, el padre Jan Świerc, emerge como un ejemplo emblemático de esta persecución. Estos hombres, religiosos dedicados exclusivamente a actividades pastorales y educativas, completamente ajenos a las tensiones políticas de la época, fueron arrestados, torturados y finalmente asesinados. Su único «crimen» fue ser sacerdotes católicos fieles a su vocación. Su historia no es una nota al margen de la historia, sino una ventana a la esencia misma del odio anticristiano que animaba al nazismo.

Se trata de recordar su sacrificio, su extraordinario testimonio de fe inquebrantable frente al mal absoluto y reflexionar sobre el significado perenne de su martirio. Su historia nos obliga a mirar más allá del horror de la violencia para vislumbrar la luz de una esperanza que no decae, ni siquiera en las tinieblas más densas.

Comprender el contexto específico en el que estos pastores-educadores trabajaron

y fueron arrestados es el primer paso para captar la plenitud de su testimonio.

Pastores, no políticos

La decisión de la Gestapo de apuntar específicamente a este grupo de sacerdotes salesianos revela una profunda contradicción que yace en el corazón de la persecución nazi. Estos hombres eran educadores y pastores, dedicados al cuidado de las almas y a la formación de los jóvenes según el carisma de San Juan Bosco. Su mundo era el del oratorio, la parroquia y el aula escolar, no el de las conspiraciones políticas. Sin embargo, las acusaciones formuladas contra ellos fueron construidas para presentarlos como enemigos del Estado.

Los cargos oficiales, registrados tras interrogatorios sumarios, hablaban de «participación en organizaciones clandestinas» y, una acusación aún más grave, de «promover entre los jóvenes, aprovechando la influencia derivada de su sacerdocio, la cultura nacional en detrimento de la Alemania nazi». Estas acusaciones, aunque infundadas en el plano fáctico, eran estratégicamente astutas. Revelan el verdadero temor del régimen: no tanto una oposición armada, sino la influencia moral y cultural de la Iglesia. Los nazis comprendieron perfectamente que enseñar a los jóvenes su propia historia, su propia lengua y su propia fe equivalía a erigir un baluarte infranqueable contra el adoctrinamiento totalitario. Su fidelidad al Evangelio y a la cultura polaca era, a los ojos de la Gestapo, un acto de subversión. Ante el peligro inminente, familiares y amigos les habían aconsejado prudentemente que abandonaran el país. Su elección consciente de permanecer junto a los fieles y los jóvenes representa el primer y silencioso acto de su martirio. Esta decisión no fue un gesto de inconsciencia, sino de suprema fidelidad a su ministerio y al carisma salesiano, que exige estar con los jóvenes, especialmente en el momento de necesidad. Al quedarse, afirmaron que su lugar era el del pastor que no abandona el rebaño a la llegada del lobo. Para comprender el alcance de este sacrificio colectivo, es esencial conocer las vidas individuales que lo compusieron.

Perfiles de los nueve Siervos de Dios

Para captar la plena dimensión teológica e histórica de su sacrificio, es esencial detenerse en las historias individuales que confluyeron en un único y trágico destino. En el estudio del martirologio, el análisis del martirio colectivo se comprende plenamente solo a través de los caminos únicos de virtud y servicio que definieron a cada individuo antes de la prueba final. Aunque compartieron la misma vocación y la misma suerte, cada vida representa un testimonio irrepetible de dedicación a Dios, que la persecución nazi quiso aniquilar de manera sistemática. Estos breves perfiles nos devuelven el rostro humano de hombres que, tras el

anonimato de los números de los campos de exterminio, conservaron su identidad de pastores-educadores de los jóvenes y del pueblo de Dios.

- **Jan Świerc**: Nacido en Królewska el 29 de abril de 1877, completó su formación salesiana en Italia, siendo ordenado sacerdote en Turín en 1903. A su regreso a Polonia, dirigió varias Casas salesianas y fue un apreciado predicador. Desde 1938 fue director y párroco en Cracovia. Arrestado por la Gestapo el 23 de mayo de 1941, fue torturado en la prisión de Montelupich antes de ser trasladado a Auschwitz el 26 de junio de 1941, donde fue asesinado al día siguiente.

- **Ignacy Antonowicz**: Nacido en Więśławice el 14 de julio de 1890, fue ordenado sacerdote en Roma en 1916. Fue profesor de teología, capellán militar durante la Primera Guerra Mundial y, en el momento de su arresto, director del estudiantado teológico de Cracovia. Arrestado el 23 de mayo de 1941 y llevado a Auschwitz, murió el 21 de julio de 1941 a consecuencia de los graves maltratos sufridos.

- **Ignacy Dobiasz**: Nacido en Ciochowice el 14 de enero de 1880, se formó en Italia y fue ordenado en 1908. Ejerció su ministerio en diversas localidades de Polonia antes de convertirse en colaborador parroquial en Cracovia en 1931. Arrestado el 23 de mayo de 1941 y deportado a Auschwitz, murió el 27 de junio de 1941 por agotamiento y palizas.

- **Karol Golda**: Nacido en Tychy el 23 de diciembre de 1914, fue ordenado sacerdote en Roma en 1938. Regresó a su país para enseñar teología en el estudiantado de Auschwitz, fue arrestado por la Gestapo el 31 de diciembre de 1941. Deportado a Auschwitz en febrero de 1942, fue fusilado el 14 de mayo de ese mismo año.

- **Franciszek Harazim**: Nacido en Osiny el 22 de agosto de 1885, fue ordenado sacerdote en Ivrea en 1915. Enseñó en varias escuelas salesianas y en el Seminario mayor de Cracovia. Arrestado el 23 de mayo de 1941, fue encarcelado en Montelupich y luego deportado a Auschwitz, donde murió por palizas y maltratos el 27 de junio de 1941.

- **Ludwik Mroczek**: Nacido en Kęty el 11 de agosto de 1905, fue ordenado sacerdote en Polonia en 1933. Prestó su labor pastoral en diversas localidades. Arrestado el 22 de mayo de 1941, pasó de la prisión de Montelupich a Auschwitz, donde murió el 5 de enero de 1942.

- **Włodzimierz Szembek**: Nacido en una familia noble en Poręba Żegoty el 22 de abril de 1883, se graduó en ingeniería antes de unirse a los salesianos. Ordenado sacerdote en Cracovia en 1934, se convirtió en secretario de la inspección. Arrestado el 9 de julio de 1942, fue encarcelado en Nowy Targ y luego conducido a Auschwitz, donde murió el 7 de septiembre de 1942.

- **Kazimierz Wojciechowski**: Nacido en Jasło el 16 de agosto de 1904, fue

ordenado sacerdote en Cracovia en 1935. Realizó actividades pastorales en Daszawa y Cracovia, donde fue arrestado el 23 de mayo de 1941. Deportado a Auschwitz, fue asesinado el 27 de junio de 1941.

- **Franciszek Miśka**: Nacido en Swierczyniek el 5 de diciembre de 1898, fue ordenado sacerdote en Turín en 1927. Perteneciente a la Inspectoría salesiana 'San Adalberto' de Polonia-Piła, trabajó en varios institutos y parroquias, hasta ser encargado de la gestión del instituto de Łąd. Arrestado y trasladado a varios campos, fue deportado a Dachau el 30 de octubre de 1941, donde murió el 30 de mayo de 1942.

Sus vidas, diversas en origen y edad, confluyeron en la experiencia colectiva e inhumana de los campos de concentración, un calvario que puso a prueba su fe hasta el extremo sacrificio.

El Calvario de Auschwitz y Dachau

Para captar la excepcional fuerza espiritual de estos sacerdotes, es necesario sumergirse, en la medida de lo posible, en la realidad brutal y deshumanizante de los campos de concentración de Auschwitz y Dachau. No se trataba simplemente de lugares de reclusión, sino de un sistema científicamente organizado para aniquilar la identidad humana antes incluso que el cuerpo. A su llegada, los prisioneros eran despojados de su nombre, reducidos a un número. Nuestros sacerdotes fueron obligados a vestir «los harapos ensangrentados» de las víctimas que los habían precedido, una macabra bienvenida a un infierno donde la muerte era la norma. El aire mismo estaba impregnado de horror, con los «nauseabundos humos de los cadáveres quemados que ascendían por la chimenea del crematorio». Cada día era una lucha por la supervivencia contra el trabajo inhumano, el hambre, las palizas y la violencia arbitraria de las SS.

En este escenario apocalíptico, su fin era una muerte anunciada. El 27 de junio de 1941 se convirtió en un día de particular ferocidad en Auschwitz. Por la mañana, el padre Jan Świerc y el padre Ignacy Dobiasz fueron asesinados. Por la tarde, la misma suerte corrieron el padre Franciszek Harazim y el padre Kazimierz Wojciechowski, que sufrieron el martirio «uno al lado del otro», en un último gesto de comunión fraterna. El padre Ignacy Antonowicz murió pocas semanas después, el 21 de julio, a causa de los maltratos sufridos precisamente en aquel trágico 27 de junio. Las muertes se sucedieron en los meses siguientes: el padre Ludwik Mroczek pereció el 5 de enero de 1942 a causa de las torturas sufridas y de numerosas operaciones quirúrgicas; el padre Karol Golda fue fusilado el 14 de mayo de 1942, acusado de haber administrado el sacramento de la confesión a dos soldados alemanes; el padre Włodzimierz Szembek murió por maltratos el 7 de septiembre

de 1942. Lejos de ellos, en el campo de Dachau, el padre Franciszek Miśka sucumbía a torturas y maltratos el 30 de mayo de 1942.

Este relato de sufrimientos atroces, sin embargo, no representa el final de su historia. Es, por el contrario, el preludio para comprender el significado más profundo de su sacrificio, un significado que trasciende la violencia y la muerte.

«Una Semilla de Victoria»

Interpretar el martirio únicamente como una derrota o una trágica fatalidad significaría traicionar su sentido más profundo. En la perspectiva cristiana, el martirio no es el final, sino la cumbre de una vida virtuosa; no es la victoria del mal, sino un poderoso testimonio de fe que participa de manera extraordinaria en la Cruz de Cristo. Jan Świerc y sus compañeros testimonian que, precisamente cuando la muerte parece haber triunfado, los verdaderos vencedores son aquellos que, sufriendo por causa del Evangelio, se adhieren plenamente al designio salvífico de Dios.

Su grandeza espiritual resplandece en la forma en que afrontaron el abismo del mal. A pesar de los abusos de todo tipo, conservaron la fe, se abandonaron al Señor y, milagrosamente, no mostraron rencor hacia sus verdugos. Es más, las fuentes atestiguan que en algunos casos se pronunciaron palabras de perdón. Esta actitud no es fruto de una heroica fuerza humana, sino de una gracia divina que sostiene a sus testigos en el momento de la prueba. Como ha recordado el Papa Francisco, esta es la dinámica de la fe: «el Señor da la fuerza, siempre, no nos la hace faltar. El Señor no nos prueba más de lo que podemos tolerar. Él está siempre con nosotros». Es por esto que los nueve Siervos de Dios pudieron acoger el martirio sostenidos por la misma certeza con la que el apóstol Pablo escribió: «todo lo puedo en Aque! que me conforta» (Cf. Flp 4,13).

Esta perspectiva transforma radicalmente la lectura de su sacrificio. Como observó proféticamente el entonces Cardenal Karol Wojtyła en una homilía de 1972, su sangre no fue derramada en vano, sino que se convirtió en fuente de vida para la Iglesia y para el pueblo al que habían dedicado su existencia: «Este sacrificio fue una semilla de vida, una semilla de victoria [...]. Aquellos pastores [...] por la vida cristiana de cada feligrés y especialmente por los jóvenes feligreses [...] pagaban no solo con una buena palabra, no solo con el buen ejemplo de su vida generosa, sino también con el sacrificio y la sangre del martirio».

Su muerte deja de ser un simple acto de violencia sufrida para convertirse en un acto supremo de amor, una ofrenda total de sí mismos y un supremo testimonio de fidelidad al Evangelio. Esta es la semilla de victoria que continúa germinando, dejando un legado que interpela aún hoy nuestra conciencia.

Un legado de Fe que interpela al presente

La historia de Jan Świerc y sus ocho compañeros salesianos es mucho más que un trágico episodio de la Segunda Guerra Mundial. Es un luminoso y perenne ejemplo de coraje moral y de coherencia cristiana frente a la encarnación del mal absoluto. En una época en que la dignidad humana era sistemáticamente pisoteada, ellos afirmaron con la vida, y finalmente con la muerte, la primacía inquebrantable de la fe, la caridad y el perdón. Su fidelidad a la vocación de pastores y educadores, incluso a costa de la vida, representa la más alta expresión del carisma salesiano.

El legado duradero de su martirio reside precisamente en este testimonio radical. En un mundo todavía marcado por la violencia, el odio y la indiferencia, su capacidad de ofrecer el perdón y de mantener viva la esperanza en las tinieblas de Auschwitz y Dachau sigue siendo un mensaje impactante. Nos enseñan que la verdadera fuerza no reside en la violencia que oprime, sino en la fe que resiste y en el amor que perdona. Su sacrificio nos interpela sobre la calidad de nuestra fe y sobre nuestra disposición a testimoniar el Evangelio sin concesiones. Estamos llamados no solo a un acto de memoria histórica, sino a un renovado compromiso espiritual. El sacrificio de estos nueve Siervos de Dios continúa siendo una «semilla de victoria», una advertencia contra toda ideología totalitaria y una inspiración para todos aquellos que creen en el poder redentor del amor y en la victoria final de Cristo sobre la muerte y el mal.